

# Algunas observaciones sobre «La Lozana Andaluza»

## 1 LOS LIMITES CRONOLOGICOS.

La coronación de León X<sup>1</sup> es el primer acontecimiento histórico que aparece claramente aludido en el texto, por lo que se supone —ya que la Lozana ha llegado ese día a Roma— que es el 19 de marzo de 1513 cuando comienzan<sup>2</sup> sus andanzas en la «alma cibdad». Luego, no obstante, se incurre en contradicción sobre el tiempo que la protagonista lleva en ese lugar. En el curioso mamotreto XVII («Información que interpone el autor para que se entienda lo que adelante ha de seguir»), el autor —en diálogo con Rampín— da noticia de su relación anterior con la Lozana y pregunta al criado «¿y a vos no's conocí yo en tiempo de Julio Segundo en Plaza Nagona, cuando sirviendes al señor canónigo?», a lo que Rampín responde: «verdad decís, mas estuve poco [...] ¡oh buena

---

(1) Mamotreto VI, "LOZANA. [...] que me dijeron que el Santo Padre iba a encoronarse. Yo, por verlo, no me curé de comer. SEVILLANA. ¿Y vísteslo, por mi vida? LOZANA. Tan lindo es, y bien se llama León décimo". La cita corresponde, como todas las siguientes, a la edición de Bruno Damiani, Madrid, Castalia, 1969, pág. 48.

(2) *Comienzan*, decimos pues luego se las ubica en años posteriores, con datos tan precisos que hacen incomprensible la afirmación de Menéndez y Pelayo: "La acción de la *Lozana* pasa en 1513, puesto que se menciona la coronación de León X" (en: *Orígenes de la novela*, Bs. As., Espasa-Calpe Argentina, 1946 t. III, p. 295, n. 2).

casa y venturosa! Más ganaba ella entonces allí que agora la mitad», con lo que se crea una indudable contradicción: La Lozana que asiste a la coronación de León X, recién llegada a Roma, sin embargo, desarrollaba ya sus actividades, allí y con éxito, en la época de Julio II. Aunque la aclaración de Rampín «estuve poco» quizá permita retrotraer tal situación a fines de ese papado, de cualquier modo, el olvido o confusión de Delicado en cuanto a fechas o nombres, nos plantea el problema de la dudosa validez de la utilización de ciertos datos cronológicos. Por otra parte, creemos que no cabe la suposición de que voluntariamente haya querido crear un ámbito de ambigüedad temporal puesto que las indicaciones respecto de sucesos realmente acaecidos, son muy claras y concisas. Sabemos que, en ocasiones, es justamente la mención de algunos hechos históricos o de personajes conocidos, lo que señala el paso del tiempo (éste fluye sin pausa a lo largo de la obra, pero su transcurrir no se muestra con detalle ninguno<sup>3</sup>). Así, en el mamotreto XLII, cuando La Lozana declara: «Mirá el prenóstico que hice cuando murió el emperador Maximiliano, que decían quién será emperador»; se brinda al lector la única posibilidad de saber que La Lozana ha residido ya seis años en Roma.

Posteriormente, la proximidad de Pavía y los triunfos de Carlos en Italia y Francia aparecen implícitos en el final del mamotreto LV: «es cosa que se ve claro, vitoria, vitoria, el emperador y rey de las Españas habrá gran gloria [...] como ves, Dios y la fortuna les es favorable. Antiguo dicho es «teme a Dios y honra a tu rey». Mira que prenóstico tan claro,

---

(3) Tal ocurre en el mamotreto IV, en que se deduce por la serie de sitios recorridos por Lozana y Diomedes, y por la alusión a sus hijos.

El tiempo que media entre el fin de la Parte Primera, en que la Lozana conoce al canónigo, y el comienzo de la Segunda, se infiere por la afirmación de Silvio: mamotreto XXIV, «esta es la Lozana que está empuñada de aquel canónigo que ella sanó», (pág. 114). En el mamotreto XLIII, dice Silvano: «a los que a ella venían, no sé agora cómo hace, mas, en aquel tiempo que yo la conocí, embaucaba a las gentes con sus palabras», (pág. 180), sin que sepamos cuál es la época en que Silvano y la Lozana se conocieron. En esta relación se insiste en el mamotreto siguiente, esta vez es ella la que pregunta: «¿acordáis de aquellos tiempos pasados como triunfábamos y había otros modos de vivir [...] Agora no hay sino maullantes», (pág. 181). «Pues las Navidades de aquel tiempo, los aguinaldos y las manchas que me daban! [...] nunca tan grandestorchura se vido en Cataluña ni en Florencia como agora hay en Roma», (pág. 182).

que ya no se usan vestes ni escarpes franceses, que todo se usa a la española».

Más tarde, en la «Digresión», el Autor manifiesta que ha partido de Roma y que se encuentra «*en Venecia* <sup>4</sup>, esperando la paz», por lo que no podemos dejar de recordar que la anhelada Paz, acordada por el tratado de Cambray, se avecinaba; situación que relacionamos, además, con los enigmáticos deseos que la Lozana expresa en el mamotreto LXVI: «si veo la Paz, que allá está continua, la enviaré atada con este ñudo de Salomón [...] haré como hace la Paz, que huye a las islas, y como no la buscan, duerme quieta y sin fastidio, pues ninguno se lo da [...]. Estarme he reposada, y veré mundo nuevo». Por último, no olvidemos que el sueño de la Lozana, «navegando llegábamos *en Venecia*, donde Marte no puede estender su ira»: 'Auctor' y protagonista han escogido pues, el mismo lugar como sinónimo de la paz, considerada tan lejana desde Roma. Aquí surge otro interrogante: ya que indudablemente la elección no es arbitraria, ¿qué parte de realidad o/y de ficción encierran todos esos datos que la obra aporta? Delicado expresa en sus líneas finales: «salimos de Roma [...]; no se halla, salvo yo, en Venecia [...] otro español en esta cibdá», pero si se une a la mínima información que poseemos sobre su existencia y circunstancias, esta noticia nada esclarece el misterio que rodea a su figura y el sentido peculiar, por ende, que la ciudad pudo tener para él.

Otras fechas, anteriores al momento en que se desarrolla la acción de *La Lozana Andaluza* aparecen, encubierta o claramente indicadas: mam. IX, «dende el año en que se puso la Inquisición», (pág. 55); mam. XII, «cuando vino el mal de Francia», (pág. 66); mam. XXVIII, «y fue ella [la de los Ríos] en mejor tiempo [...] que fue tiempo de Alejandro VI, cuando Roma triunfaba», (pág. 131); mam. XLVII, «allí puso Hércules la tercera piedra o colona que al presente es puesta en el templo; hallóse el año MDIV», (pág. 187); mam. LIII, «cuando vino el rey Carlo a Nápoles, que comenzó el mal in-

---

(4) Este subrayado y el siguiente son nuestros.

curable el año de mil y cuatrocientos y ochenta y ocho», (pág. 202)<sup>5</sup>.

Advirtamos ahora cuáles son los límites cronológicos de *La Lozana Andaluza*. Recordemos que «la historia o retrato» comienza manifestando que ha sido «compuesto el año mil y quinientos y veinte e cuatro, a treinta días del mes de junio», (pág. 37). En el mamotreto LIV, se insiste en esta ubicación: «este año en que estamos, de mil e quinientos y veinte y cuatro», (pág. 209). Y poco después, en el mismo mamotreto: «este año de veinte y cuatro son treinta y seis años que comenzó [el mal francés]», (pág. 212). El último mamotreto termina así: «Fenezca la historia compuesta en retrato, el más natural que el autor pudo, y acabóse hoy primo de diciembre, año de mil quinientos e veinte e cuatro», (páginas 245-246).

En este punto de nuestro análisis, es necesario detenerse en ese interesante y peculiar grupo de 'capítulos' finales, en los que se dan claves de interpretación de la obra. En primer término, el «Epílogo» expresa: «que se ensoberbeció Tíber y entró por toda Roma a días doce de enero, año de mil e quinientos y veinte e ocho», (pág. 253), a pesar de haberse señalado antes, en el epígrafe de dicho «Epílogo», que «esta epístola añadió el autor el año de mil e quinientos e veinte e siete, vista la destrucción de Roma y la gran pestilencia que sucedió», (pág. 252). Evidentemente, ya no quiere tener tono profético, aludiendo al castigo que está por venir, sino que habla del que realmente se dio, por lo que debemos considerar esta nueva incongruencia de fechas (1527/1528), como un descuido del autor o una errata de la primera edición. Luego, en la «Epístola», la Lozana recordará a los que «entraron lunes a días seis de mayo de mil y quinientos y veinte y siete», (página 257). La época de redacción de esos extraños párrafos de la protagonista ha de estar, en consecuencia, muy próxima a la de la última página de la obra, «Digresión que cuenta el autor

---

(5) Dejamos de lado la referencia del mamotreto XLVII, «es una felice patria donde siendo el rey, personalmente mandó despeñar los dos hermanos Carvajales», (pág. 189), por aludir a un suceso muy alejado en el tiempo, con respecto a la época de la Lozana.

en Venecia»: «salimos de Roma —dice Delicado— a diez días de febrero», (pág. 259), lo que situaría la concepción total de *La Lozana Andaluza* en estos comienzos de 1528. No obstante las páginas supuestamente 'añadidas', creemos entonces que ha habido un solo momento de redacción del *Retrato*, el que habría surgido como un todo, después de ese febrero de 1528, última fecha que se menciona en la obra. La otra posibilidad, es decir, la existencia de dos estadios, uno primitivo (hacia 1524) al que Delicado habría superpuesto las alusiones a hechos posteriores, que constituirían el segundo (1527-1528), no tiene fundamento, ya que las aparentes intercalaciones en el interior de la obra, no son tales, sino que conllevan reflexiones que en nada quiebran su unidad. ¿Por qué Delicado establece fechas distintas para la apertura y cierre de los mamotretos, y para los trozos finales? Porque con ello logra destacar el aspecto más importante de su creación: si aceptáramos su afirmación, según la cual «la historia ha sido compuesta en 1524» y los apéndices entre 1527 y 1528, parecería que —por seis veces— los personajes tuvieran don profético, ya que sus voces se alzan premonitorias anunciando el castigo que Roma merece<sup>6</sup>. De este modo, el saco de Roma, así anticipado se convierte en el acontecimiento histórico más importante mencionado en la obra, y toda ella tiende a su justificación.

## 2 LOS PERSONAJES, LAS SITUACIONES Y EL SENTIDO FINAL.

El mismo Delicado nos informa en su «Explicación» del número de personajes que ha incluido, «son por todas las personas que hablan en todos los mamotretos o capítulos ciento

---

(6) Mamotreto XII, "RAMPIN: El año de veinte y siete me lo dirán", (página 62). Mam. XII, "LOZANA: ¡Por mi vida que es cosa de saber y ver, que dicen que en aquel tiempo no había dos españoles en Roma y agora hay tantos! Vená tiempo que no habrá ninguno, y dirán "Roma mísera", como dicen "España mísera", (pág. 64). Mam. XV, "RAMPIN: Predica cómo se tiene de perder Roma y destruirse el año del XXVII", (pág. 82). Mam. XXIV, "AUTOR: Pues "año de veinte e siete, deja a Roma y vete" [...] porque será confusión y castigo

y veinte e cinco». De ellos, la protagonista, como es bien sabido, aparece bajo distintos nombres que encubren etapas sucesivas de su personalidad: Aldonza, al comienzo hasta su relación con Diomedes; Lozana, que es en suma el eje sobre el que se desenvuelve el relato; Vellida, que determina con su conversión final, el término de la historia. Estas diferencias, sin embargo, no implican variaciones radicales, así lo admite la «Explicación»: «que Vellida y Alaroza y Aldonza particularmente demuestran cosa garrida o hermosa, y Lozana generalmente lozanía, hermosura, lindeza, fresqueza y belleza»<sup>7</sup>. Junto a ella, en distintos planos, de mayor o menor aproximación, desfilan numerosos seres: el fundamental, desde luego, es Rampín, «su marido o criado pretérito, o amigo secreto, o esposo futuro», su compañía definitiva en Lipari —«así se acabará lo pasado, y estaremos a ver lo presente, como fin de Rampín y de la Lozana»—, por cuyos ojos la Lozana conoce Roma. Alrededor, deambulan algunos personajes claramente presentados, de los que se nos brindan ciertos datos biográficos —Beatriz de Córdoba, la Napolitana, la granadina y su hija...—; otros sólo esbozados, anónimos; los más, verdaderas sombras —el maestresala, Aguilarico, una boloñesa, una mujer lombarda, un español, palafrenero, escudero, despensero...—. Todos contribuyen a enfatizar los rasgos fundamentales de la Lozana y configuran la crítica de Roma. Esta exposición de sus vicios no es nunca descriptiva, sino eminentemente viva; todos los que la habitan son captados en su actuación, en medio de su quehacer, y por ello Delicado en su afán documental, procura reproducir el habla de cada uno —la italiana, la catalana, la de la negra—.

Indadablemente, el personaje más enigmático, de función especial, es el autor en su multiplicidad de posiciones y pun-

---

de lo pasado [...] llorarán los barbudos y mendicarán los ricos, y padecerán los susurrones, y quemarán los públicos y aprobados o canonizados ladrones», (página 120). Mam. XXXIV, «ESCUADERO: Señora, el año de veinte e siete elles serán fantescas a sus criadas», (pág. 147). Mam. XLII, «LOZANA: [...] yo digo que gran carnicería se ha de hacer en Roma», (pág. 178).

(7) Recordemos que, junto a fechas y datos muy concretos, nada sabemos de la edad de la Lozana, como si el autor hubiera querido otorgarle cierto hábito in temporal, reflejado ya en su mismo apodo.

tos de vista. Es testigo de la Lozana y de Roma, narrador y/o espectador, que 'oye' o 've' y *cuenta*<sup>8</sup> y es también actor, que se introduce en el mundo de sus criaturas, con las que lo liga en ocasiones, una relación anterior, que 've' y *actúa*.

La complejidad de planos es aún mayor cuando aparece un personaje en el que creemos advertir el desdoblamiento del presunto Autor, esto ocurre con Silvano, único ejemplo —por otra parte— de lengua literaria.

El juego de situaciones gira alrededor de una única posibilidad, la erótica. En todos los casos, o se concierta la misma, después de lo cual nada se sabe; o se alude a un hecho pasado no descrito al lector, ni del que haya habido referencias de sus preparativos. Raramente se lo describe, casi siempre a través de La Lozana, pero luego, ya no volverá a mencionarse más. Muestra típica de este tercer enfoque es el peculiar mamotreto XIV, que marca el establecimiento de la pareja Lozana/Rampín.

Todos esos personajes —en sus distintos tipos, representaciones de ambos sexos y multitud de capas sociales, desde las camiseras y lavanderas hasta el embajador napolitano— y la situación erótica permanente y única, confluyen para hacer evidente la crítica tácita y constante que aparece, inferida a lo largo de toda la obra y se hace explícita y directa, particularmente en los trozos que, a primera vista, pueden parecer 'añadidos'. Ellos son justamente los encargados de hacer comprensible el sentido del *Retrato*: no es casual, pues, que Delicado insista en que ha de leerse completo. Pero es evidente además, que también las páginas que lo preceden ayudan a esclarecerlo. Dos son las partes previas, la «Dedicatoria» y el «Argumento»; en esta última se lanza el hilo que ha de retomarse en la «Apología», primera de las partes finales. «Arg.»: «porque solamente gozará d'este retrato quien todo lo leyere», «no quiero que ninguno añada ni quite; que si miran en ello, lo que al principio faltase hallará al fin». «Apol.»: « y si algu-

---

(8) Mamotreto XVII, "AUCTOR. [...] dicen después que no hago sino mirar y notar lo que pasa, para escribir después", (pág. 88). "Apología", digo que no es mucho escribir una vez lo que vi hacer y decir tantas veces", (pág. 248).

no quiere saber del autor cuál fue su intención [...] lean el principio del retrato».

Los sesenta y seis mamotretos que constituyen la obra en sí, se distribuyen en tres partes, de veintitrés, diecisiete y veintiséis, respectivamente. Los cuatro primeros comprenden los antecedentes del personaje central, que siempre se distinguió por las condiciones que lo conducirán a su triunfo.

El ámbito geográfico en que se mueve la Lozana es muy amplio: determinado en algunos puntos, el natal y de los primeros años, en España (Córdoba, Granada, Jerez, Sevilla, Cádiz), mera enumeración después, hecha por Diomedes (Alejandría, Damasco, «el Caire», «Constantinópolis...»), mención de las ciudades últimas (Marsella, Liorna), en que la desdicha acompaña a la otrora Aldonza, ya convertida en Lozana («Lozana, puesto que Dios se lo había puesto en su formación, que mucho más le convenía que no Aldonza, que aquel nombre Lozana sería su ventura para el tiempo por venir»).

Desde el mamotreto V —«entrada la señora Lozana en la alma cibdad»— hasta el LXVI, Roma es su escenario. Luego, desde ese último mamotreto hasta el final de la obra, la Lozana cede el paso a Vellida y Roma, a Lipari.

La Parte Primera señala su ascenso ayudada por Rampín, que le hace conocer el mundo en que ha de actuar; por Trigo, que la instala, brindándole una casa; y por el canónigo, que contribuye a su establecimiento 'social'.

La Segunda muestra el encumbramiento de la Lozana hasta que comienza a sentir el peso de la competencia y debe utilizar las mismas argucias que usó para adquirir prestigio, medios ahora para consolidarlo, a pesar de las rivales. Esta situación va produciendo un cambio gradual en su actitud<sup>9</sup>, que

(9) Mamotreto XL, "siempre oí decir que en las adversidades se conocen las personas fuertes. ¿Qué tengo de hacer? Haré cara, y mostraré que tengo ánimo para saberme valer con el tiempo adverso." "Bien me decía Diomedes: "Guárdate, que éstos a quien tú haces bien te han de hacer mal". ¡Mira qué canes renegados, villanos secretos, capotes de terciopelo! Por estos tales se debía decir: "si te vi no me acuerdo; quien sirve a muchos no sirve a ninguno", (pág. 168 y 169).



se advierte muy visiblemente cuando la Lozana ha adquirido plena sabiduría de la vida, en la iniciación de la Tercera Parte<sup>10</sup>. Las palabras del mamotreto que la comienza, son significativas: «Aquí comienza la tercera parte del retrato, y serán más graciosas que lo pasado. Cómo tornó a casa [...] Y de aquí adelante le daremos fin». Es en este momento de la obra cuando Delicado inserta acumulativamente, los elementos folklóricos<sup>11</sup> y los trozos descriptivos<sup>12</sup>, que matizan la narración que quizá hubiera caído en la monotonía, si hubiésemos seguido atendiendo sólo a las andanzas de la protagonista. Todo lo que a ella concernía, ya ha quedado dicho en la Primera y Segunda Partes.

El autor no exhibe voluntariamente ninguna intención moralizante, lo que no significa que no exista, sino que está implícita, se desprende de la obra misma. La Lozana es el símbolo de Roma y por ende, de la perdición de la ciudad pecadora, eco a su vez de la expiación que el mundo entero debiera cumplir. Por esta razón, durante su ascenso y su apogeo se alude, por seis veces, al terrible suceso de 1527; sus culpas —y las de Roma— determinarán la penitencia, que emana de Dios. Ya hemos dicho que las menciones del castigo, ubicadas aparentemente en tiempo anterior al Saco, cobran por ello, tono profético. Son precisamente, el «Epílogo» —«dando gracias a Dios que le dejó ver el castigo que méritamente Dios permitió a un tanto pueblo»—, el tercer apéndice, y la «Epístola», los que desentrañan el sentido de tales 'vaticinios'<sup>13</sup>.

Cabe preguntarse, otra vez y finalmente, qué personalidad encubría aquel natural de Peña de Martos, que sabía «lo que

---

(10) Mamotreto XLI, "Aquí me quedo sola. Deseo tenía de venir a mi casa que, como dicen: "mi casa y mi hogar cien ducados val". "Yo quiero de aquí adelante mirar por mi honra"; (pág. 172).

(11) La alusión a Pedro de Urdemalas, el cuento de Gonela y el de Robusto, el asno al que la Lozana enseña a leer.

(12) La Peña de Martos, el episodio de "los romanos con el pópulo de Jerusalén", la historia del "Tiber carnicero".

(13) "¿Quién jamás pudo pensar, oh Roma, oh Babilón, que tanta confusión pusiesen en ti estos tramontanos occidentales y de Aquilón, castigadores de tu error? [...] ¡Oh qué fortuna vi en ti! Y hoy habiéndote visto triunfante, y agora te veo y con el dedo te cuento, dime, ¿dónde son los galanes, las hermosas

está en las honduras», «iñorante y no bachiller», que declaraba con mal oculta melancolía que «por este retrato sabrán munchas cosas que deseaban ver y oír, estándose cada uno en su patria, que cierto es una grande felicidad no estimada». La documentación, definitivamente perdida, o, en un futuro rescatabable, podría echar luz sobre esta figura desconocida, lo que significaría esclarecer de alguna manera las vicisitudes de los españoles en la Italia del Quinientos. En el caso particular de Delicado, además, sus posibles aproximaciones al Emperador o a sus hombres, permitirían iluminar el texto en varios puntos: desde la identidad, en la «Dedicatoria», del 'ilustre señor', del que ciertos detalles de su personalidad originan la duda acerca de si se trata del común tópico literario, hasta la del 'señor capitán del felicísimo ejército imperial', 'noble señor', que aparece en el «Epílogo», y que puede coincidir o no con el primero, ¿Qué vinculación pudo haber entre el oscuro «prete de oppido Martos» y Hugo de Moncada<sup>14</sup>, Fernando de Alarcón, el mismo príncipe de Orange, o cualquiera de los importantes lugartenientes de Carlos V, pues «mereció este retrato de las cosas que en Roma pasaban presentarse a vuestra clara prudencia»...? Quizá estudiosos haya en nuestros días, que tengan las posibilidades de darnos respuesta.

Delicado ha querido ofrecer la crítica de Roma, a través del personaje que la representa<sup>15</sup>, pero además, y sobre todo,

---

que con una chica fosa en diez días cobriste y encerraste dando fin a las favoridas, pues una sábana envolvió sus cuerpos pestíferos? Las que no se pudie vivir con ellas ya son sepultas, yo las vi. ¡Oh Lozana!, ¿qué esperas? Mira la Garza Montesina, que la llevan sobre una escalereta por no hallar, ni la hay, una tabla en toda Roma [...] ¡Oh Dios!, ¿pensólo nadie jamás tan alto secreto y juicio como nos vino este año a los habitadores que ofendíamos a tu Magestad? No te ofendieron las paredes, y por eso quedaron enhiestas, y lo que no hicieron los soldados heciste tú, Señor, pues enviaste después del saco y de la ruina, pestilencia inaudita con carbones pésimos e sevísimos, hambre a los ricos, hechos pobres mendigos. Finalmente que vi el fin de los muchos juicios que había visto y escrito", (págs. 252 y 253).

(14) Mamotreto LXVI: "RAMPIN. Yo no querría estar en paraíso con vos; más mejor será a Nápoles a vivir, y allí viviremos como reyes, y aprenderé yo a hacer guazamalletas, y vos venderés regalicia, y allí será el paraíso que soñastes", (págs. 244 y 245) (?).

(15) "Epílogo", "¡Sabroso principio para amargo fin! ¡Oh vosotros que ver- nés tras los castigados, mirá este retrato de Roma, y nadie o ninguno sea causa que se haga otro! Mirá bien éste y su fin, que es el castigo del cielo y de la tierra, pues sus elementos nos han sido contrarios", (pág. 253).

su propósito es justificar el Saco de Roma. Es en ese sentido, que el *Retrato de La Lozana Andaluza*, por su intención, está en el mismo grupo en que pueden colocarse los Diálogos de Alfonso de Valdés <sup>16</sup>.

LILIA FERRARA DE ORDUNA  
Universidad de Buenos Aires

---

(16) En uno de ellos, expresa Mercurio: "estaba aquella ciudad tan cargada de vicios y tan sin cuidado de convertirse, que después de haverlos Dios combidado y llamado por otros medios más dulces y amorosos, y estándose siempre obstinados en su mal vivir, quiso espantarlos con aquel insulto y caso tan grave, y como, aún con esto, no se quisieron emendar, vínoles después otro más rezio castigo". "Y veía los que vendían ser vendidos, y los que rescatavan ser rescatados, y los que componían ser compuestos, y aun descompuestos; los que robavan ser robados, los que maltrataban, ser maltratados, y finalmente me estaba conociendo de plazer viendo que aquéllos pagavan la pena que tan justamente havian merecido." "¿Por bien de la christiandad lo ha Dios permitido? Desso, dixo él [San Pedro], ninguna dubda tengas(*Diálogo de Mercurio y Carón*, Madrid, Clásicos Castellanos, 1929, págs. 69, 78 y 79).